

tierra que se plsa. ¡Oh señora mía! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linaje humilde: considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, ó por eleccion ó por destino: el que por destino, siempre está en su punto; el que por eleccion, puede crecer ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos; y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino: con la edad y con el uso de la razon fué creciendo en mí el conocimiento, y fuéron creciendo en tí las partes que te hicieron amable: vilas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma; y de la tuya y la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirlo: deja pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas ajenas hermosuras, ni me convides con imperios ni monarquías, ni dejes que suene en mis oídos el dulce nombre de hermano con que me llamas: todo esto que estoy diciendo entre mí, quisiera decírtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion; pero no será posible, porque la luz de tus ojos, y mas si me miran airados, ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua; mejor será escribírtelo en un papel, porque las razones serán siempre unas, y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma, una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creído, y así determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto, pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua.

Dejemos escribiendo á Periandro, y vamos á oír lo que dice Sinforosa á Auristela, la cual Sinforosa con deseo de saber lo que Periandro habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas, y darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo que apénas se la habria declarado, cuando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas ni los señoríos, especialmente de las mujeres, que por naturaleza, las mas, son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Cuando Auristela vió á Sinforosa no le plugo mucho su llegada, porque no tenia qué responderle, por no haber visto mas á Periandro; pero Sinforosa ántes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que á Auristela la llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y así le dijo: Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas: mi padre el Rey te adora, y conmigo te envía á decir que quiere ser tu esposo, y en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo: ya, señora, eres reina, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora

mía, y mucho has de hacer por mí; que de un grau valor no se puede esperar ménos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discrecion no se olvida de sí misma: y dime agora, qué es lo que respondió tu hermano á lo que de mí le dijiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple sería el que no recibiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela: Mi hermano Periandro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino: que el ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres; mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo en cuánto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofreces es tal, sin duda imagino que le habrémos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza ni desmayarla. Da, ó bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y déjanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas: las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una destas acciones: y así es menester que se considere bien ántes que se haga, puesto que los términos desta consideracion los doy por pasados, y hallo que tú alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos; y vete, hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber dél alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con con él de lo que me conviene, como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obediencia. Abrazóla Sinforosa, y dejola, por hacer venir á Periandro á que la viese, el cual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decia desta manera:

«No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun della fio algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento, el que por instantes está esperando la muerte: ahora vengo á conocer que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos, aquellos sí, que tienen experiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdóname, que no admito el tuyo por parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado de tí misma: vuelve, señora, en tí, y no te haga una vana presuncion celosa salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quién eres, y no te se olvide de quien yo soy; y verás en tí el término del valor que puede desearse, y en mí el amor y la firmeza que puede imaginarse; y fiándote en esta consideracion discreta, no temas que ajenas hermosuras me enciendan, ni imagines que á tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga: sigamos nuestro viaje, cumplamos nuestro voto, y quedense aparte celos infructuosos y mal nacidas sospechas: la partida desta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que en salir della, saldré del infierno de mi tormento á la gloria de verte sin celos.»

Esto fué lo que escribió Periandro, y lo que dejó en limpio al cabo de haber hecho seis borradores; y doblando el papel se fué á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.

## CAPITULO VII.

Donde Rutilio enamorado de Policarpa y Clodio de Auristela, las escriben declarándolas sus amores. Rutilio conoce ser atrevimiento y rompe su papel sin darle; pero Clodio determina dar el suyo.

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa y el otro de Auristela: á Rutilio le contentó mucho la voz y el donaire de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion cómo descubrir su pensamientos, sin que les viniese mal por declararlos; que es bien que tema un hombre bajo y humilde, que se atreve á decir á una mujer principal lo que no habia de atreverse á pensarlo siquiera; pero tal vez acontece que la desenvoltura de una poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y bajo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos: ha de ser anejo á la mujer principal el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una mujer, cuanto es mas señora; pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras: pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escribió un papel á Policarpa y Clodio á Auristela, del tenor que se sigue:

## RUTILIO Á POLICARPA.

«Señora, yo soy extranjero, y aunque te diga grandezas de mi linaje, como no tengo testigos que las confirmen, quizá no hallarán crédito en tu pecho, aunque para confirmacion de que soy ilustre en linaje, basta que he tenido atrevimiento de decirte que te adoro: mira qué pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á tí estará el pedir las y á mí el hacerlas; y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy, y que merezco como deseo; que de altos espíritus es aspirar á las cosas altas: dame siquiera con los ojos respuesta deste papel, que en la blandura ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte ó de mi vida.»

Cerró el papel Rutilio con intencion de dársele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: Díselo tú una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento: mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue:

## CLODIO Á AURISTELA.

«Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donaire y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona á quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad á sus fueros y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿cuál es el corazon de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al último de la vida por momentos: el hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus me-

»jillas, y finalmente el agua te ha sorbido y vomitado; y estos trabajos no sé con qué fuerzas los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de un rey vagabundo y que te sigue por solo el interes de gozarte; ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias: no fies, señora, de promesas remotas, y arrímate á las esperanzas propincuas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte: mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últimos rincones de la tierra, yo daré traza cómo sacarte desta, y librate de las importunaciones de Arnaldo, y sacándote deste Egipto, te llevaré á la tierra de promision, que es España ó Francia ó Italia, ya que no puedo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mia; y sobre todo me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.»

Habiendo oído Rutilio el papel de Clodio, dijo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension son las de la hormiga. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasnemos estos papeles, pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y baldía voluntad; porque el amor ni nace ni puede crecer, sino es al arrimo de la esperanza, y faltando ella falta él de todo punto, ¿pues por qué queremos aventurarnos á perder y no á ganar en esta empresa? que el declararla, y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el cuchillo, ha de ser todo uno: demas que por mostrarnos enamorados, habrémos de parecer sobre desagradecidos traidores: ¿tú no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un rey? ¿y la que hay de un desterado murmurador, á la que desecha y menosprecia reinos? Mordámonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad: á lo ménos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio aunque no le dé á Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio; aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de véras. Llegóse en fin el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dijo: Señora, mírame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fué Persiles; y soy el que tú quieres que sea Periandro: el ñudo con que están atadas nuestras voluntades nadie le puede desatar sino la muerte, y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines que su belleza ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo como del alma; esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláu-



sula que añadir á la obligacion en que quedé de servirte, al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida desta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro viaje; que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los haya para dilatar el camino: tente al tronco y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de celos y compasion nacidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad que en ellas venía encerrada, y respondiéndole seis ú ocho palabras, que fuéron: Sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, y confiada te pido que con brevedad salgamos desta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad celosa que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, llevara con paciencia tus quejas, y en mis disculpas hallaras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de qué disculparme: por quien eres te suplico, que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para qué nos mates con ella: pondré en efecto lo que me mandas, saldremos desta tierra con la brevedad posible. ¿Sabes cuánto te importa, Periandro? respondió Auristela: pues has de saber que me van lisonjeando promesas y apretando dádivas, y no como quiera, que por lo ménos me ofrecen este reino; Policarpo el rey quiere ser mi esposo, hámele enviado á decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mí, siendo su madrastra, quiere que seas su esposo: si esto puede ser, tú lo sabes, y si estamos en peligro, considéralo, y conforme á esto aconsejate con tu discrecion, y busca el remedio que nuestra necesidad pide; y perdóname, que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado á ofenderte, pero estos yerros fácilmente los perdona el amor. Dél se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin celos, los cuales cuando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer, sirviendo de espuelas á la voluntad que de puro confiada se entibia, ó á lo ménos parece que se desmaya; y por lo que debes á tu buen entendimiento, te ruego que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana y ménos puntuosa, no levantando algun descuido mio, mas pequeño que un grano de mostaza, á ser monte que llegue á los cielos, llegando á los celos; y en lo demas con tu buen juicio entretén al Rey y á Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos; y queda en paz, no engendré en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática. Con esto la dejó Periandro, y al salir de la estancia, encontró con Clodio y Rutilio, Rutilio acabando de romper el papel que habia escrito á Policarpo, y Clodio doblando el suyo para ponérselo en el seno: Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad y ufano de su atrevimiento; pero andará el tiempo, y llegará el punto, donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

## CAPITULO VIII.

De lo que pasó entre Sinforosa y Auristela. Resuelven todos los forasteros salir luego de la isla.

Andaba el rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso ademas de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro que habia de corresponder á lo que deseaba, que ya consiguió mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inventaba las galas, y aun hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio; pero entre todos estos disinios no tomaba el pulso á su edad, ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta, y cuando fueran sesenta, es tambien grande la distancia: así halagan y lisonjean los lascivos deseos las voluntades, así engañan los gustos imaginados á los grandes entendimientos, así tiran y llevan tras sí las blandas imaginaciones á los que no se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa, que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural que quien mucho desea, mucho teme, y las cosas que podian poner alas á su esperanza, como eran su valor, su linaje y hermosura, esas mismas se las cortaban, por ser propio de los amantes rendidos pensar siempre que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren: andan el amor y el temor tan apareados, que á do quiera que volvais la cara los veréis juntos, y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto que suele perder de su derecho, por no dar á quien bien quiere pesadumbre, y mas que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla.

Todo esto con mejores discursos que su padre consideraba la bella Sinforosa, y entre temor y esperanza puesta, fué á ver á Auristela, y á saber della lo que esperaba y temia; en fin, se vió Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas deseaba; y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena ó mala andanza, que así como entró á verla, sin que la hablase palabra, se la puso á mirar abincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida ó muerte. Entendiola Auristela, y á media risa, quiero decir, con muestras alegres, le dijo: Llegáis, señora, que á la raiz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar: bien es verdad, que vuestro bien y el mio se han de dilatar algun tanto; pero en fin llegarán, porque, aunque hay inconvenientes que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la desesperacion fuerzas para no esperalle: mi hermano dice que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura, no solamente le obliga, pero que le fuerza á quererte, y tiene á bien y á merced particular la que le haces en querer ser suya; pero ántes que venga á tan dichosa posesion, ha menester defraudar las esperanzas que el príncipe Arnaldo tiene de que yo lie de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tú de mi hermano no lo estorbara: que has de saber, hermana mia, que así puedo yo vivir sin Periandro como puede vivir un cuerpo sin alma; allí tengo de vivir, donde él viviere; él es el espíritu que me mueve y el alma que me anima, y siendo esto así, si él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? Para excusar este

desman que me amenaza, ordena, que nos vamos con él á su reino, desde el cual le pedirémos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra; y está claro, como la experiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos pues en nuestra libertad, fácil cosa será dar la vuelta á esta isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa: No sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho con las que me has dicho, y así la dejaré en su punto, porque no sé cómo explicarlo; pero esto que ahora decirte quiero, recíbelo ántes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu posesion: no le ha de ser posible á Arnaldo llevaros por fuerza á tí y á tu hermano, y hále de ser forzoso, si no quierer, á lo ménos consentir lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reino y en su casa: asegúrame tú, ó hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo, que yo te daré llanas todas las dificultades é inconvenientes que para llegar á este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: Los varones prudentes por los casos pasados y por los presentes juzgan los que están por venir; á hacernos fuerza pública ó secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar y despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es rey poderoso, á lo ménos lo es mas que tu padre, y los reyes burlados y engañados fácilmente se acomodan á vengarse; y así en lugar de haber recibido con nuestro parentesco gusto, recibiríades daño, trayéndoos la guerra á vuestras mismas casas: y si dijeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dejen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma con tu discrecion y aviso solicites nuestra partida, que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta, y aquí, si no en reinos tan grandes como los de Arnaldo, á lo ménos en paz mas segura, gozaré yo de la prudencia de tu padre, y tú de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas. Oyendo las cuales razones Sinforosa, loca de contento se abalanzó á Auristela, y le echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios: en esto vieron entrar por la sala á los dos, al parecer bárbaros, padre y hijo, y á Ricla y Constanza; y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar á Auristela, y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud: despidióse Sinforosa mas alegre y mas engañada que cuando habia entrado; que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto.

El anciano Mauricio, despues de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas, que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dijo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados ausentes de su patria, donde no dejaron sino los terrones que los sustentaban,

¿qué sentirán los ausentes que dejaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me den el último vale: esto bien y merced conseguiremos todos cuantos aquí estamos, pues todos somos extranjeros y ausentes, y todos, á lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallaríamos en las ajenas. Si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo ménos teniendo por bien que nosotros la procuremos, puesto que no será posible el dejarte; porque tu generosa condicion y rara hermosura acompañada de la discrecion que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades. A lo ménos, dijo á esta sazón Antonio el padre, de la mia y de las de mi mujer y hijos, lo es de suerte, que primero dejaré la vida; que dejar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me habeis mostrado, y aunque no está en mi mano corresponder á él, como debia, todavía haré que le pongan en efecto el príncipe Arnaldo y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto pues que llega el felice dia y punto de nuestra partida, ensanchad los corazones, y no deis lugar que reine en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros; que pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces patrias: que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazon piadoso y su discrecion admirable. Entró en este instante el rey Policarpo, alegre sobremanera, porque ya habia sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos: que los ímpetus amorosos, que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresía, que no hay hipócrita, si no es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo; y los viejos con la sombra del matrimonio disimulan sus depravados apetitos. Entraron con el Rey Arnaldo y Periandro, y dándole el parabien Auristela de la mejoría, mandó el Rey que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela habian recibido, se hiciesen luminarias en la ciudad, y fiestas y regocijos ocho dias continuos. Periandro lo agradeció como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijábase Policarpo allá entre sí mismo en considerar cuán suavemente se iba engañando Arnaldo, el cual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los disinios de Policarpo, buscaba modo de salir de su ciudad, pues tanto cuanto mas se dilataba su partida, tanto mas á su parecer se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien deseoso de volver á su patria acudió á su ciencia, y halló en ella que grandes dificultades habian de impedir su partida: comunicólas con Arnaldo y Periandro, que ya habian sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto que cuando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por cualquiera dificultad, y hasta llegar al fin dellos no se miran res-



petos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones; y así no había para qué fiarse en las pocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolución, quedaron los tres de acuerdo que Mauricio buscara un bajel de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo conveniente, y que en este entre tanto no mostrase ninguno señales de que tenían noticia de los disimios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la cual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

## CAPITULO IX.

Da Clodio el papel á Auristela: Antonio el bárbaro le mata por yerro. De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

Dice la historia, que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que le había escrito, engañada con que le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leídos y estimados: abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo, para dejalle de leer hasta el cabo: leyóle en fin, y volviéndole á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dijo: Quitátame de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa deste tu atrevido disparate entendiera que había nacido de algun descuido mio, que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento, el cual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro, y sin replicar palabra bajó los ojos, volvió las espaldas, y dejó sola á Auristela, cuya imaginación ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razón, de que Clodio desesperado había de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro y Arnaldo: sucedió en este tiempo que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una mujer en él, de hasta cuarenta años de edad, que con el brio y donaire debía de encubrir otros diez, vestida no al uso de aquella tierra, sino al de España; y aunque Antonio no conocía de usos, sino de los que había visto en los de la bárbara isla donde se había criado y nacido, bien conoció ser extranjera de aquella tierra.

Levantóse Antonio á recibirla cortesmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre), despues de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dijo: Parecerte ha novedad, ó mancebo, esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mujeres, habiéndote criado, segun he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las cuales, si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho; no te desvíes, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algun

monstruo ni persona que quiera decirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana; mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen; mi nombre es Cenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porqué mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras; salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel reino tienen del católico rebaño; si estirpe es agarena, mis ejercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única: ¿ves este sol que nos alumbró? pues si para señal de lo que puedo quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto oscura noche, ó ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ó otras espantosas señales que nos representen la confusion del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho y yo acreditada. Has de saber ansimismo que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna mujer de mi nombre, la cual con el apellido de Cenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio: las que son hechiceras nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: ejercitan sus burlerías con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecientes ó menguantes de luna: usan de caracteres que no entienden, y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya que el demonio las engañe; pero nosotras las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras; y juntando lo activo á lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiración á las gentes; de donde nace nuestra buena ó mala fama: buena si hacemos bien con nuestra habilidad, mala si hacemos mal con ella; pero como la naturaleza parece que nos inclina ántes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos, que no se deslicen á procurar el mal ajeno; que ¿quién quitará al airado y ofendido que no se vengue? ¿quién al amante desdafiado que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece? puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre albedrío, no hay ciencia que lo pueda ni virtud de yerbas que lo alcance.

A todo esto que la española Cenotia decia, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saber qué suma tendria tan larga cuenta; pero la Cenotia prosiguió diciendo: Dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman inquisidores, en España, me arrancó de mi patria; que cuando se sale por fuerza della, ántes se puede llamar arrancada, que salida: vine á esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atras,

pensando que me mordian las faldas los perros, que aun hasta aquí temo: dime presto á conocer al rey antecesor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dejé maravillado al pueblo: procuré hacer vendible mi ciencia tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro, y estando atenta á esta ganancia he vivido castamente, sin procurar otro algun deleite, ni le procurara, si mi buena ó mala fortuna no te hubieran traído á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alargá tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego á contar cuantos dineros acertares á desear; para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré á tus manos las aves que rompen el aire; haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra; haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra; haréte invencible en todo, blandiendo en la paz, temido en la guerra: en fin, enmendaré tu suerte de manera que seas siempre envidiado y no envidioso, y en cambio destes bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava no es menester que me tengas voluntad, como para ser esposa; y como yo sea tuya, en cualquier modo que lo sea, viviré contenta: comienza pues, ó generoso mancebo, á mostrarte prudente mostrándote agradecido: mostrarte has prudente, si ántes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras; y en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle. Antonio viendo lo cual, lleno de confusion como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderle, y levantándose, fué á tomar su arco, que siempre, ó le traía consigo, ó le tenia junto á sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la enamorada le encaró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia en su traje): pero no fué el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en perpetuo silencio: castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Cenotia la cabeza, vió el mortal golpe que había hecho la flecha; temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

## CAPITULO X.

De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que había hecho, que aunque acertó errando, como no sabía las culpas de Clodio, y había visto las de la Cenotia, quisiera haber sido mejor certero: llegóse á Clodio por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las había llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y túvose verdaderamente por bárbaro: entró en

esto su padre, y viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe había sido hecho por la mano de su hijo. Preguntósele, y respondióle que sí; quiso saber la causa, y tambien se la dijo: admiróse el padre, y lleno de indignacion le dijo: Ven acá, bárbaro, si á los que te aman y te quieren procurar quitar la vida, ¿qué harás á los que te aborrecen? si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir dellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo hebreo, que dejó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dejaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida; y ese arco con que presumes vencer á la misma valentía, no le armaras contra la blandura de una mujer rendida, que cuando lo está, rompe por cualquier inconveniente que á su deseo se oponga: si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningún modo, sino que reprendas y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para mas de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardorio de tu persona con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos te alcanzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fué: No miré, señor, lo que hice, y pésame de haberlo hecho: procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca bárbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dese orden de enterrar á Clodio, y de hacerle la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto había volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa della, porque la encubrió la enamorada Cenotia, diciendo solo, que sin saber por qué el bárbaro mozo le había muerto.

Llegó esta nueva á los oídos de Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrárselo á Periandro ó á Arnaldo, para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el cielo había tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudente como cristiana; y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitiósele al príncipe Arnaldo, el cual á ruego de Auristela y al de Transila perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le había muerto, sin descubrir los pensamientos de Cenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enteraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, así como albergaba en el de la Cenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el cual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad: lloraba Riela su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el corazón consumido: no se po-